



Jack London
En Un País
Lejano

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EN UN PAÍS LEJANO

JACK LONDON

**PUBLICADO: 1899
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EN UN PAÍS LEJANO

Cuando un hombre parte hacia tierras remotas, ha de estar dispuesto a olvidar muchas de las cosas que ha aprendido, y a adquirir las costumbres inherentes a la existencia en la nueva tierra; debe abandonar los viejos ideales y los viejos dioses, y con frecuencia ha de invertir los mismos códigos que hasta entonces han regido su conducta. Para quienes poseen la facultad proteica de la adaptabilidad, la novedad de semejante cambio puede llegar a ser incluso una fuente de placer; pero para quienes por desgracia están petrificados en los surcos en que fueron moldeados, la presión del entorno alterado resulta insoportable, y se consumen en cuerpo y alma bajo las nuevas restricciones que no logran comprender. Esta irritación está abocada a actuar y a reaccionar, engendrando males diversos y conduciendo a toda suerte de desdichas. Mejor le fuera al hombre que no puede adaptarse al nuevo molde regresar a su propio país; si se demora demasiado, con toda certeza morirá.

El hombre que vuelve la espalda a las comodidades de una civilización antigua para enfrentarse a la juventud salvaje, a la simplicidad primordial del Norte, puede medir sus posibilidades de éxito en razón inversa a la cantidad y calidad de sus hábitos irremediabilmente arraigados. Descubrirá pronto, si es candidato apto para ello, que los hábitos materiales son los de menor importancia. El intercambio de cosas tales como un menú refinado por una comida ruda, del rígido zapato de cuero por el suave y deforme mocasín, del colchón de plumas por un lecho en la nieve, es al fin y al cabo un asunto muy sencillo. Pero su verdadera prueba llegará cuando trate de moldear debidamente la actitud de su espíritu hacia todas las cosas, y en es-

pecial hacia sus semejantes. Por las cortesías de la vida ordinaria habrá de sustituir el desinterés, la tolerancia y la condescendencia. Solo así, y de ningún otro modo, podrá alcanzar esa perla de gran precio: el verdadero compañerismo. No bastará con que diga «gracias»; deberá sentirlo sin abrir la boca, y demostrarlo respondiendo en igual medida. En suma, deberá sustituir el acto por la palabra, el espíritu por la letra.

Cuando el mundo resonó con los rumores del oro ártico, y el reclamo del Norte aferró las fibras del corazón de los hombres, Carter Weatherbee abandonó su cómodo empleo de empleado, cedió la mitad de sus ahorros a su esposa y con el resto compró su equipo. No había romanticismo en su naturaleza —la esclavitud del comercio lo había aplastado por completo—; estaba simplemente harto del molino incesante y deseaba arriesgarse a grandes peligros en busca de ganancias proporcionales. Como tantos otros necios, desdeñando los viejos senderos usados por los pioneros del Norte durante un score de años, se apresuró a llegar a Edmonton en la primavera de ese año; y allí, para desgracia de su alma, se unió a un grupo de hombres.

No había nada inusual en aquel grupo, salvo sus planes. Incluso su destino, como el de todos los demás grupos, era el Klondike. Pero la ruta que había trazado para alcanzar ese objetivo dejaba sin aliento al nativo más curtido, nacido y criado entre las vicisitudes del Noroeste. Hasta Jacques Baptiste, nacido de una mujer chippewa y de un renegado voyageur —habiendo dado sus primeros vagidos en una tienda de piel de ciervo al norte del paralelo sesenta y cinco, y habiendo sido acallados aquellos por dichas succiones de sebo crudo—, se quedó sorprendido. Aunque vendió sus servicios al grupo y accedió a viajar incluso hasta los hielos eternos, sacudía la cabeza con gesto ominoso cada vez que se le pedía consejo.

El astro adverso de Percy Cuthfert debía de estar en el ascendente, pues también él se unió a esta compañía de argonautas. Era un hombre corriente, con una cuenta bancaria tan profunda como su cultura, lo cual es decir bastante. No tenía razón alguna para embarcarse en semejante empresa —ninguna razón en el mundo salvo que padecía un desarrollo anormal de la sentimentalidad—. Confundía esto con el verdadero espíritu del romanticismo y la aventura. Más de un hombre ha caído en el mismo error y ha cometido un yerro igualmente fatal.

Las primeras deshielos de la primavera encontraron al grupo siguiendo la corriente de deshielo del río Elk. Era una flota imponente, pues el equipo era abundante, y les acompañaba un contingente poco recomendable de voyageurs mestizos con sus mujeres e hijos. Día tras día se afanaban con los bateaux y las canoas, combatían mosquitos y otras plagas por el estilo, o sudaban y maldecían en los portages. Un trabajo tan duro desnuda al hombre hasta las raíces mismas de su alma, y antes de que el lago Athabasca se perdiera en el sur, cada miembro del grupo había izado sus verdaderos colores.

Los dos holgazanes y quejumbrosos crónicos eran Carter Weatherbee y Percy Cuthfert. Todo el grupo se lamentaba menos de sus dolores y fatigas que cualquiera de los dos. Ni una sola vez se ofrecieron voluntarios para las mil y una pequeñas tareas del campamento. Un cubo de agua que había que traer, un haz de leña extra que había que cortar, los platos que había que lavar y secar, una búsqueda en el equipo de algún artículo de repente indispensable... y estos dos endebles vástagos de la civilización descubrían esquinces o ampollas que requerían atención inmediata.

Eran los primeros en retirarse por la noche, con decenas de tareas aún por hacer; los últimos en levantarse por la mañana, cuando el campamento debía estar listo antes de que empezara el desayuno.

Eran los primeros en abalanzarse sobre la comida, los últimos en echar una mano en la cocina; los primeros en lanzarse sobre algún manjar escaso, los últimos en descubrir que habían añadido a su ración la de otro. Si remaban, cortaban el agua disimuladamente en cada palada y dejaban que el impulso del bote hiciera subir el remo. Creían que nadie se daba cuenta; pero sus compañeros maldecían entre dientes y fueron cobrándoles un odio creciente, mientras Jacques Baptiste los escarnecía abiertamente y los maldecía de la mañana a la noche. Pero Jacques Baptiste no era un caballero.

En el Gran Lago de los Esclavos se adquirieron perros de la Bahía de Hudson, y la flota se hundió hasta las bordas con su añadida carga de pescado seco y pemmican. Luego canoas y bateaux cedieron a la rápida corriente del Mackenzie, y se adentraron en la Gran Tierra Baldía. Cada afluyente de aspecto prometedor fue explorado, pero el esquivo «filón» bailaba siempre hacia el norte. En el Gran Oso, vencidos por el terror común a las Tierras Desconocidas, sus voyageurs comenzaron a desertar, y el Fuerte de la Bue-

na Esperanza vio a los últimos y más valientes doblar el espinazo sobre las sirgas mientras remontaban la corriente por la que habían deslizado tan traidoramente.

Solo Jacques Baptiste permaneció. ¿Acaso no había jurado viajar incluso hasta los hielos eternos? Los mentirosos mapas, compilados principalmente de oídas, eran consultados ahora constantemente.

Y sentían la necesidad de darse prisa, pues el sol había sobrepasado ya su solsticio boreal y conducía de nuevo el invierno hacia el sur. Bordeando las orillas de la bahía donde el Mackenzie desemboca en el Océano Ártico, penetraron en la desembocadura del pequeño río Peel. Comenzó entonces el arduo ascenso contra la corriente, y los dos Inútiles lo pasaron peor que nunca. Sirga y pértiga, remo y tumpline, rápidos y portages... tales tormentos bastaron para infundir en uno una profunda repugnancia hacia los grandes peligros, y para grabar en el otro un texto de fuego sobre el verdadero romanticismo de la aventura. Un día se amotinaron, y siendo vilmente maldecidos por Jacques Baptiste, se revolvieron, como a veces hacen los gusanos. Pero el mestizo zurró a los dos, y los envió, magullados y sangrando, a sus tareas. Era la primera vez que alguien los ponía las manos encima.

Tras abandonar sus embarcaciones en las nacientes del pequeño Peel, consumieron el resto del verano en el gran portage sobre la divisoria de aguas del Mackenzie hasta el West Rat. Este pequeño arroyo alimentaba el Porcupine, que a su vez se unía al Yukón, allí donde esa magnífica arteria del Norte contramarcha sobre el Círculo Polar Ártico.

Pero habían perdido la carrera con el invierno, y un día amarraron sus balsas al grueso hielo de un remanso y trasladaron apresuradamente sus pertrechos a tierra. Aquella noche el río se heló y se rompió varias veces; a la mañana siguiente se había dormido definitivamente. «No podemos estar a más de cuatrocientas millas del Yukón», concluyó Sloper, multiplicando sus uñas por la escala del mapa. El consejo, en el que los dos Inútiles habían gemido con notable desventaja, llegaba a su fin.

—Puesto de la Bahía de Hudson, hace mucho tiempo. No sirve ya. —El padre de Jacques Baptiste había hecho el viaje para la Compañía de Piel en los viejos tiempos, dejando el rastro marcado, incidentalmente, con un par de dedos de los pies congelados.

—¡Demonios! —exclamó otro del grupo—. ¿No hay blancos?

—Ni un blanco —afirmó Sloper sentenciosamente—; pero solo faltan quinientas millas más remontando el Yukón hasta Dawson. Pongamos un rough de mil desde aquí.

Weatherbee y Cuthfert gimieron al unísono.

—¿Cuánto tardará eso, Baptiste?

El mestizo calculó un momento.

—Trabajar como el diablo, ningún hombre flaquear, diez... veinte... cuarenta... cincuenta días. Los bebés llegar —señalando a los Inútiles—, no poder decir. Quizá cuando el infierno se hiele; quizá tampoco entonces.

La fabricación de raquetas de nieve y mocasines cesó. Alguien llamó por su nombre a un miembro ausente, que salió de una vieja cabaña al borde del campamento y se unió a ellos. La cabaña era uno de los tantos misterios que acechan en los vastos rincones del Norte. Construida cuándo y por quién, nadie podría decirlo.

Dos tumbas al descubierto, cubiertas de piedras apiladas, quizá guardaban el secreto de aquellos primeros caminantes. Pero ¿quién había apilado las piedras?

El momento había llegado. Jacques Baptiste se detuvo en el ajuste de un arnés y sujetó al perro que se debatía sobre la nieve. El cocinero protestó en silencio por el retraso, arrojó un puñado de tocino a un ruidoso puchero de judías y se puso en atención. Sloper se puso en pie. Su cuerpo era un contraste grotesco con los físicos saludables de los Inútiles. Amarillo y débil, huyendo de un foco de fiebre sudamericano, no había interrumpido su huida a través de las zonas, y aún era capaz de trabajar como los demás. Su peso era probablemente de cuarenta kilos, con el pesado cuchillo de caza incluido, y su cabello entrecano hablaba de una plenitud que ya había cesado de ser. Los jóvenes músculos frescos de Weatherbee o de Cuthfert valían por diez veces su esfuerzo; y sin embargo, él podía dejarlos enterrados en tierra en una jornada de marcha. Y todo aquel día había azuzado a sus más fuertes compañeros para que se aventuraran en un viaje de mil millas de las más duras penalidades que puede concebir el hombre. Era la encarnación de la inquietud de su raza, y la vieja terquedad teutónica, salpicada de la rápida

iniciativa y acción del yanqui, mantenía la carne en la servidumbre del espíritu.

— Todos los que estén a favor de seguir adelante con los perros en cuanto se hiele el río, que digan sí.

— ¡Sí! — resonaron ocho voces, voces destinadas a dejar un rastro de juramentos a lo largo de muchos cientos de millas de dolor.

— ¿Los contrarios?

— ¡No!

Por primera vez los Inútiles estaban de acuerdo sin ningún tipo de compromiso entre sus intereses personales.

— ¿Y qué vais a hacer al respecto? — añadió Weatherbee con belicosidad.

— ¡La mayoría manda! ¡La mayoría manda! — clamó el resto del grupo.

— Sé que la expedición corre el riesgo de fracasar si no venís — respondió Sloper amablemente — ; pero creo que, si nos esforzamos de verdad, podremos arreglárnoslas sin vosotros. ¿Qué decís, muchachos?

El sentir fue jaleado hasta el eco.

— Pero oye, ya sabes — se aventuró Cuthfert con aprensión — , ¿qué se supone que va a hacer un hombre como yo?

— ¿No venís con nosotros?

— No.

— Entonces haced lo que os dé la real gana. No tendremos nada que decir.

— Diría yo que podrías arreglarlo con ese compinche tuyo — sugirió un fornido hombre del Oeste venido de las Dakotas, señalando a la vez a Weatherbee — . Seguro que te pregunta qué piensas hacer cuando llegue la hora de cocinar y de juntar la leña.

— Entonces lo damos todo por arreglado — concluyó Sloper — . Nos pondremos en marcha mañana, aunque solo sea para acampar a cinco millas... solo para poner todo en orden de marcha y recordar si hemos olvidado algo.

Los trineos crujieron al pasar sobre sus patines de acero, y los perros tiraron agachados en los arneses en que habían nacido para morir.

Jacques Baptiste se detuvo junto a Sloper para echar un último vistazo a la cabaña. El humo se elevaba lastimosamente del tubo de estufa de Yukón. Los dos Inútiles los observaban desde el umbral.

Sloper puso la mano sobre el hombro del otro.

—Jacques Baptiste, ¿has oído hablar alguna vez de los gatos de Kilkenny?

El mestizo sacudió la cabeza.

—Bien, amigo mío y buen camarada, los gatos de Kilkenny se pelearon hasta que no quedó ni piel, ni pelo, ni maullido. ¿Lo entiendes? Hasta que no quedó nada. Muy bien. Ahora, a estos dos hombres no les gusta trabajar. Estarán solos en esa cabaña todo el invierno... un invierno muy largo y muy oscuro. Los gatos de Kilkenny... ¿eh?

El francés que había en Baptiste se encogió de hombros, pero el indio que había en él guardó silencio. No obstante, fue un encogimiento de hombros elocuente, preñado de profecía.

Las cosas prosperaron en la pequeña cabaña al principio. Las rudas bromas de sus compañeros habían hecho conscientes a Weatherbee y Cuthfert de la responsabilidad mutua que había recaído sobre ellos; además, tampoco había tanto trabajo para dos hombres sanos. Y la eliminación del látigo cruel, es decir, del intimidador mestizo, había traído consigo una alegre reacción. Al principio, cada uno se esmeraba en superar al otro, y realizaban pequeñas tareas con una unción que habría abierto los ojos a sus compañeros, que ahora se desgastaban en cuerpo y alma por el Largo Sendero.

Se desterró toda preocupación. El bosque, que los acosaba por tres lados, era un astillero inagotable. A pocos pasos de su puerta dormía el Porcupine, y un agujero en su manto invernal formaba un manantial burbujeante de agua, cristalina y dolorosamente fría. Pero pronto empezaron a encontrarle defectos incluso a eso. El agujero insistía en helarse, y así les causó no pocas horas miserables de picar hielo. Los constructores desconocidos de la cabaña habían prolongado los troncos laterales para sostener un alijo en la parte trasera. En él se almacenaba la mayor parte de las provisiones del grupo.

Comida había, sin escatimar, para tres veces los hombres que estaban destinados a vivir de ella. Pero la mayor parte era del tipo que forja músculos y tendones, aunque no deleita el paladar.

Cierto es que había azúcar en abundancia para dos hombres ordinarios; pero estos dos eran poco más que niños. Descubrieron pronto las virtudes del agua caliente juiciosamente saturada de azúcar, y prodigalmente empapaban sus tortitas y mojaban sus cortezas en el rico y blanco jarabe.

Luego el café y el té, y especialmente las frutas desecadas, hicieron desastrosas incursiones en él. Sus primeras palabras agrias fueron sobre la cuestión del azúcar. Y es un asunto verdaderamente serio cuando dos hombres, totalmente dependientes el uno del otro para tener compañía, empiezan a reñir.

Weatherbee amaba perorar ruidosamente sobre política, mientras Cuthfert, que había tendido a cobrar sus cupones y dejar que la cosa pública se las arreglara como mejor pudiera, o ignoraba el tema o lanzaba aforismos sorprendentes. Pero el empleado era demasiado obtuso para apreciar el hábil moldeado del pensamiento, y este despilfarro de munición irritaba a Cuthfert.

Estaba acostumbrado a deslumbrar a la gente con su brillantez, y esto le suponía un verdadero suplicio, la pérdida de su auditorio. Se sentía agraviado personalmente y, sin saberlo, hacía responsable de ello a su estúpido compañero.

Salvo la existencia, no tenían nada en común; no se tocaban en un solo punto.

Weatherbee era un empleado que no había conocido otra cosa en su vida que el trabajo de empleado; Cuthfert era un maestro en artes, un aficionado a los óleos, y había escrito no poco. El uno era un hombre de clase baja que se creía un caballero, y el otro era un caballero que sabía serlo. De esto se puede inferir que un hombre puede ser un caballero sin poseer el primer instinto del verdadero compañerismo. El empleado era tan sensual como estético era el otro, y sus aventuras amorosas, contadas con gran extensión y acuñadas principalmente de su imaginación, afectaban al hipersensible maestro en artes del mismo modo que otras tantas bocanadas de gas de alcantarilla. Le consideraba un bruto inmundo e inculto, cuyo lugar estaba en el fan-

go entre los cerdos, y así se lo dijo; y fue recíprocamente informado de que era un mequetrefe aguado y un canalla. Weatherbee no habría sabido definir «canalla» ni por su vida; pero cumplía su propósito, que al fin y al cabo parece ser el punto principal en la vida.

Weatherbee desafinaba cada tercera nota y cantaba canciones como «El ladrón de Boston» y «El apuesto grumete» durante horas seguidas, mientras Cuthfert lloraba de rabia, hasta que ya no podía aguantar más y huía hacia el frío exterior. Pero no había escapatoria. El intenso hielo no podía soportarse durante mucho tiempo, y la pequeña cabaña los apretujaba —camas, estufa, mesa y todo— en un espacio de tres por cuatro metros. La mera presencia de cada uno se había convertido en una afrenta personal para el otro, y recaían en silencios hoscos que aumentaban en duración e intensidad con el paso de los días. De vez en cuando, un destello en los ojos o una mueca en los labios les ganaba la partida, aunque en esos mudos períodos se esforzaban por ignorarse por completo.

Y en el pecho de cada uno brotó una gran perplejidad ante el hecho de que Dios hubiera podido crear al otro.

Con poco que hacer, el tiempo se convirtió para ellos en una carga insostenible. Esto, naturalmente, los hacía aún más perezosos. Cayeron en una letargia física de la que no había escapatoria, y que les hacía rebelarse ante la realización de la menor tarea. Una mañana en que le tocaba cocinar el desayuno común, Weatherbee se revolcó fuera de sus mantas y, al ronquido de su compañero, encendió primero el candil de grasa y luego el fuego. Los calderos estaban completamente helados, y no había agua en la cabaña para lavarse. Pero eso no le importó. Esperando a que se deshelasen, cortó en lonchas el tocino y se hundió en la detestable tarea de hacer pan. Cuthfert lo había estado observando disimuladamente entornando los párpados.

Como consecuencia, hubo una escena en la que se bendijeron mutuamente con fervor, y acordaron, en lo sucesivo, que cada uno cocinaría su propia comida. Una semana después, Cuthfert descuidó sus abluciones matinales, pero no por eso dejó de comerse con toda complacencia la comida que él mismo había cocinado. Weatherbee sonrió con suficiencia. Tras eso, la absurda costumbre de lavarse desapareció de sus vidas.

A medida que el montón de azúcar y otros pequeños lujos menguaban, empezaron a temer que no estuvieran recibiendo sus partes correspondi-

entes y, para que no les robaran, se pusieron a hartarse. Los lujos sufrieron en este concurso de glotonería, y los hombres también.

A falta de verduras frescas y de ejercicio, su sangre se empobreció, y una horrible erupción purpúrea se arrastró por sus cuerpos. Con todo, se negaron a hacer caso de la advertencia.

Luego sus músculos y articulaciones empezaron a hincharse, la carne se volvió negra, mientras que la boca, las encías y los labios tomaban el color de la rica nata. En lugar de acercarse el uno al otro en su desgracia, cada uno se regodeaba de los síntomas del otro a medida que el escorbuto seguía su curso.

Perdieron todo interés por la apariencia personal y, en ese sentido, por el decoro común. La cabaña se convirtió en una pocilga, y ni una sola vez se hicieron las camas ni se colocaron bajo ellas ramas frescas de pino. Con todo, no podían quedarse en sus mantas, como hubieran deseado; pues el frío era inexorable, y el hogar de la estufa consumía mucho combustible. El cabello de sus cabezas y de sus rostros creció largo y descuidado, mientras que sus ropas habrían asqueado a un traperero. Pero no les importaba. Estaban enfermos, y no había nadie que los viera; además, moverse resultaba muy doloroso.

A todo esto se añadió un nuevo tormento: el Miedo al Norte. Este miedo era el hijo común del Gran Frío y el Gran Silencio, y había nacido en la oscuridad de diciembre, cuando el sol se hundió bajo el horizonte para no volver. Les afectó según su naturaleza.

Weatherbee cayó presa de las supersticiones más burdas, e hizo todo lo posible por resucitar los espíritus que dormían en las tumbas olvidadas. Era algo fascinante, y en sueños venían a él desde el frío, y se acurrucaban en sus mantas, y le contaban sus fatigas y sus penas antes de morir. Se encogía ante el contacto viscoso cuando se acercaban más y enredaban sus miembros helados en torno a él, y cuando le susurraban al oído cosas por venir, la cabaña resonaba con sus aterrados gritos. Cuthfert no lo entendía — pues ya no se hablaban —, y cuando era despertado de este modo, invariablemente echaba mano al revólver. Entonces se incorporaba en la cama, temblando nerviosamente, con el arma apuntada al soñador inconsciente. Cuthfert creía que el hombre estaba enloqueciendo, y así llegó a temer por su vida.

Su propio mal asumió una forma menos concreta. El misterioso artesano que había levantado la cabaña, tronco a tronco, había clavado una veleta en la cumbre. Cuthfert observó que siempre apuntaba al sur, y un día, irritado por su obstinada fijeza, la giró hacia el este. La observó con ansia, pero ni una brisa vino a moverla. Entonces giró la veleta al norte, jurando que no volvería a tocarla hasta que el viento soplara. Pero el aire le aterraba con su calma sobrenatural, y con frecuencia se levantaba en mitad de la noche para ver si la veleta había girado; diez grados le habrían bastado. Pero no; se cernía sobre él tan inamovible como el destino.

Su imaginación se desbocó, hasta que la veleta se convirtió para él en un fetiche. A veces seguía el camino que señalaba a través de las sombrías soledades, y dejaba que su alma se impregnara del Miedo. Se recreaba en lo invisible y en lo desconocido hasta que el peso de la eternidad parecía aplastarlo. Todo en el país del Norte tenía ese efecto aplastante: la ausencia de vida y movimiento; la oscuridad; la paz infinita de la tierra aletargada; el silencio espectral, que hacía del eco de cada latido un sacrilegio; el solemne bosque que parecía guardar algo terrible, inexpresable, que ninguna palabra ni pensamiento podía abarcar.

El mundo que había abandonado tan recientemente, con sus naciones bulliciosas y sus grandes empresas, le parecía muy lejano. De vez en cuando se entrometían recuerdos —recuerdos de ferias y galerías y avenidas atestadas, de traje de etiqueta y funciones sociales, de buenos hombres y queridas mujeres que había conocido—; pero eran memorias neblinosas de una vida que había vivido hacía largos siglos, en algún otro planeta. Esa quimera era la Realidad. De pie bajo la veleta, con los ojos fijos en los cielos polares, no podía hacerse a la idea de que el Sur realmente existiese, de que en ese mismo momento estuviera atronando con vida y acción.

No había Sur, no había hombres nacidos de mujer, no había darse ni tomarse en matrimonio.

Más allá de su lóbrego horizonte se extendían vastas soledades, y más allá aún soledades más vastas.

No había tierras de sol, embriagadas con el perfume de las flores. Tales cosas eran solo viejos sueños del paraíso. Las tierras solares del Oeste y las tierras de especias del Este, las sonrientes Arcadias y las dichosas Islas de

los Bienaventurados... ¡ja! ¡ja! Su carcajada hendió el vacío y lo sobresaltó con su sonido inhabitual. No había sol.

Esto era el Universo, muerto y frío y oscuro, y él su único ciudadano. ¿Weatherbee? En tales momentos Weatherbee no contaba. Era un Calibán, un monstruoso fantasma, encadenado a él por edades incontables, el castigo de algún crimen olvidado.

Vivía con la Muerte entre los muertos, castrado por el sentido de su propia insignificancia, aplastado por el dominio pasivo de las eras adormecidas. La magnitud de todo lo anonadaba. Todo participaba de lo superlativo salvo él mismo: la perfecta cesación del viento y el movimiento, la inmensidad de la naturaleza cubierta de nieve, la altura del cielo y la profundidad del silencio. Esa veleta... si al menos se moviera. Si cayera un rayo, o el bosque estallara en llamas.

El enrollamiento de los cielos como un pergamino, el estruendo del Apocalipsis... ¡cualquier cosa, cualquier cosa! Pero no, nada se movía; el Silencio se cerraba en torno a él, y el Miedo al Norte posó sus dedos de hielo en su corazón.

Una vez, como otro Crusoe, a orillas del río tropezó con un rastro: la tenue huella de una liebre ártica en la delicada costra de nieve. Fue una revelación.

Había vida en el Norte. La seguiría, la contemplaría, se regodearía en ella.

Olvidó sus músculos hinchados y se lanzó a través de la nieve profunda en un éxtasis de anticipación. El bosque lo engulló, y el breve crepúsculo de mediodía se desvaneció; pero prosiguió su búsqueda hasta que la naturaleza agotada se impuso y lo postró indefenso en la nieve.

Allí gimió y maldijo su insensatez, y supo que la huella era una invención de su mente; y ya entrada la noche, se arrastró hasta la cabaña a cuatro patas, con las mejillas heladas y un extraño entumecimiento en los pies. Weatherbee sonrió malevolamente, pero no ofreció ayuda alguna. Se clavó agujas en los dedos de los pies y los deshelo junto a la estufa. Una semana más tarde sobrevino la gangrena.

Pero el empleado tenía también sus propios tormentos. Los muertos salían de sus tumbas con mayor frecuencia y rara vez le dejaban, despierto

o dormido. Llegó a aguardar y a temer su llegada, sin pasar jamás junto a los dos montones de piedras sin estremecer. Una noche vinieron a él en sueños y lo condujeron a una tarea señalada. Aterrorizado hasta el horror inarticulado, despertó entre los montones de piedras y huyó frenético a la cabaña. Pero había yacido allí durante algún tiempo, pues sus pies y mejillas estaban también helados.

A veces se volvía frenético ante su persistente presencia, y danzaba por la cabaña, cortando el aire vacío con un hacha y destrozando todo lo que estaba a su alcance.

Durante estos encuentros espectrales, Cuthfert se acurrucaba en sus mantas y seguía al demente con un revólver amartillado, dispuesto a disparar si se acercaba demasiado.

Pero al recobrar la cordura tras uno de estos accesos, el empleado reparó en el arma apuntada hacia él.

Sus sospechas se despertaron, y desde entonces también él vivió con miedo a perder la vida. A partir de entonces se vigilaron mutuamente de cerca, y se volvían bruscamente aterrados siempre que el uno pasaba a la espalda del otro. La aprensión se convirtió en una manía que los dominaba incluso durmiendo. Por mutuo miedo toleraron tácitamente que el candil de grasa ardiera toda la noche, y se aseguraron de tener abundante suministro de grasa de tocino antes de retirarse. El más leve movimiento por parte de uno bastaba para despertar al otro, y muchas fue la guardia silenciosa en que sus miradas se cruzaron mientras temblaban bajo sus mantas con los dedos en los guardamontes.

Entre el Miedo al Norte, la tensión mental y los estragos de la enfermedad, perdieron toda apariencia de humanidad, tomando el aspecto de bestias salvajes, acosadas y desesperadas. Sus mejillas y narices, como escuela de las heladas, se habían ennegrecido.

Sus dedos de los pies helados habían empezado a desprenderse en las primeras y segundas falanges. Cada movimiento traía dolor, pero el hogar de la estufa era insaciable, arrancando un rescate de tortura de sus miserables cuerpos. Día tras día reclamaba su alimento —una verdadera libra de carne—, y se arrastraban al bosque a cortar leña de rodillas. Una vez, arras-

trándose así en busca de leños secos, sin saberlo el uno del otro, penetraron en un matorral por lados opuestos.

De pronto, sin previo aviso, dos calaveras escrutadoras se enfrentaron la una a la otra. El sufrimiento los había transformado tanto que el reconocimiento era imposible. Se pusieron en pie de un salto, chillando de terror, y huyeron sobre sus muñones destrozados; y al caer en la puerta de la cabaña, arañaron y rascaron como demonios hasta que descubrieron su error.

De vez en cuando recaían en la normalidad, y durante uno de estos intervalos de cordura, el principal hueso de la discordia, el azúcar, había sido dividido en partes iguales entre ellos. Guardaban sus sacos por separado, almacenados en el alijo, con ojos celosos; pues solo quedaban unas pocas tazas, y habían perdido toda fe el uno en el otro.

Pero un día Cuthfert cometió un error. Casi sin poder moverse, enfermo de dolor, con la cabeza dándole vueltas y los ojos nublados, se arrastró hasta el alijo, bote de azúcar en mano, y confundió el saco de Weatherbee con el suyo propio.

Enero apenas había nacido cuando esto ocurrió. El sol había sobrepasado ya su declinación meridional más baja, y al mediodía arrojaba ahora franjas burlescas de luz amarilla sobre el cielo septentrional. El día siguiente a su error con el saco de azúcar, Cuthfert se encontró sintiéndose mejor, tanto en el cuerpo como en el ánimo. Al acercarse el mediodía y clarear el día, se arrastró afuera para deleitarse con el efímero resplandor, que era para él un anticipo de las futuras intenciones del sol. Weatherbee también se sentía algo mejor, y salió a rastras junto a él. Se apuntalaron en la nieve bajo la inamovible veleta, y esperaron.

La quietud de la muerte los rodeaba. En otros climas, cuando la naturaleza cae en semejantes estados de ánimo, hay un aire velado de expectación, una espera de que alguna pequeña voz retome el hilo interrumpido de la melodía. No así en el Norte. Los dos hombres habían vivido eones aparentes en esa paz espectral.

No recordaban ninguna canción del pasado; no podían convocar ninguna canción del futuro. Esa calma sobrenatural había existido siempre: el silencio tranquilo de la eternidad.

Tenían los ojos fijos en el norte. Invisible, a sus espaldas, detrás de las montañas altísimas del sur, el sol avanzaba hacia el cenit de otro cielo que no era el suyo. Únicos espectadores del magno lienzo, vieron crecer lentamente el falso amanecer. Una tenue llama comenzó a brillar y humear. Se intensificó, variando entre el amarillo rojizo, el púrpura y el azafrán. Tan brillante se volvió que Cuthfert pensó que el sol debía de estar detrás —un milagro, ¡el sol saliendo por el norte!— Luego, de pronto, sin aviso y sin declinar, el lienzo quedó limpio de un plumazo. No había color en el cielo. La luz había desaparecido del día.

Contuvieron el aliento en medios sollozos. ¡Pero mira! El aire centelleaba con partículas de escarcha rutilante, y allí, al norte, la veleta yacía en vago perfil sobre la nieve.

¡Una sombra! ¡Una sombra! Era exactamente mediodía. Giraron la cabeza apresuradamente hacia el sur. Un borde dorado asomó por el nevado hombro de la montaña, les sonrió un instante, y luego se hundió de nuevo.

Tenían lágrimas en los ojos cuando se buscaron el uno al otro. Un extraño ablandamiento se apoderó de ellos. Se sentían irresistiblemente atraídos el uno hacia el otro. El sol estaba volviendo. Estaría con ellos mañana, y pasado, y el día siguiente.

Y se quedaría más tiempo en cada visita, y llegaría un momento en que cabalgaría por su cielo el día y la noche, sin descender jamás bajo el horizonte. No habría noche.

El invierno encadenado en hielo se rompería; los vientos soplarían y los bosques responderían; la tierra se bañaría en el bendito sol, y la vida se renovaría.

De la mano, abandonarían aquel horrible sueño y regresarían al Sur. Avanzaron a tientas, y sus manos se encontraron: sus pobres manos lisiadas, hinchadas y deformes bajo los mitones.

Pero el destino del presagio era no cumplirse. El Norte es el Norte, y los hombres trabajan su alma por extrañas reglas que otros hombres, los que no se han internado en países lejanos, no pueden llegar a comprender.

Una hora más tarde, Cuthfert puso un molde de pan en el horno y se puso a cavilar sobre lo que podrían hacer los cirujanos con sus pies cuando regresara. El hogar no parecía tan lejano ahora. Weatherbee revolvía en el alijo.

De repente desató un torbellino de blasfemias que a su vez cesó con abrupta brusquedad. El otro hombre le había robado el saco de azúcar. Y sin embargo, las cosas podrían haber ocurrido de otro modo, de no ser porque los dos muertos salieron de bajo las piedras y ahogaron las palabras ardientes en su garganta. Le condujeron con bastante suavidad desde el alijo, que olvidó cerrar. Esa consumación había llegado; eso que le habían susurrado en sueños estaba a punto de suceder. Lo guiaron suavemente, muy suavemente, hasta el montón de leña, donde le pusieron el hacha en las manos.

Luego le ayudaron a abrir de un empujón la puerta de la cabaña, y tuvo la certeza de que la cerraron tras él —al menos oyó que se cerraba de golpe y el pestillo caía con claridad en su sitio—. Y supo que estaban esperando justo afuera, esperando que cumpliera su tarea.

—¡Carter! Oye, ¡Carter!

Percy Cuthfert se asustó al ver la expresión en el rostro del empleado, y se apresuró a poner la mesa entre los dos.

Carter Weatherbee lo siguió, sin prisa y sin entusiasmo. No había ni piedad ni pasión en su rostro, sino más bien la expresión paciente y estoica de quien tiene un trabajo determinado que hacer y lo acomete metódicamente.

—Oye, ¿qué pasa?

El empleado se echó a un lado, cortándole la retirada hacia la puerta, sin abrir la boca en ningún momento.

—Oye, Carter, escucha; hablemos. Sé bueno.

El maestro en artes pensaba rápidamente ahora, trazando un hábil movimiento de flaqueo hacia la cama donde yacía su Smith & Wesson. Sin apartar los ojos del demente, se dejó caer hacia atrás sobre el catre, aferrando a la vez la pistola.

—¡Carter!

La pólvora destelló de lleno en el rostro de Weatherbee, pero este blandió su arma y se lanzó hacia delante. El hacha mordió hondo en la base de la columna, y Percy Cuthfert sintió cómo toda consciencia de sus miembros inferiores lo abandonaba. Luego el empleado cayó pesadamente sobre él, aferrándolo por la garganta con dedos débiles. El mordisco certero del

hacha había hecho que Cuthfert soltara la pistola, y mientras sus pulmones jadeaban en busca de aire, la buscó torpemente a tientas entre las mantas. Entonces recordó. Deslizó una mano hasta el cinturón del empleado, hasta la funda del cuchillo; y se acercaron mucho el uno al otro en ese último abrazo.

Percy Cuthfert sintió que sus fuerzas lo abandonaban. La parte inferior de su cuerpo era inútil. El peso inerte de Weatherbee lo aplastaba, lo aplastaba y lo clavaba allí como a un oso en una trampa. La cabaña se llenó de un aroma familiar, y supo que el pan se estaba quemando. Pero, ¿qué importaba eso? Nunca lo necesitaría. Y había seis tazas enteras de azúcar en el alijo... de haberlo previsto, no habría sido tan mezquino en los últimos días. ¿Se movería alguna vez la veleta? ¿Por qué no? ¿Acaso no había visto el sol hoy? Iría a comprobarlo. No; era imposible moverse. No habría pensado que el empleado era tan hombre pesado.

¡Qué rápido se enfriaba la cabaña! El fuego debía de haberse apagado. El frío se abría paso.

Debía de estar ya bajo cero, y el hielo trepando por el interior de la puerta. No podía verlo, pero su experiencia pasada le permitía calcular su avance por la temperatura de la cabaña. La bisagra inferior debía de estar ya blanca. ¿Llegaría alguna vez al mundo la historia de esto? ¿Cómo lo tomarían sus amigos? Lo leerían con el café, muy probablemente, y hablarían de ello en los clubs. Podía verlos con toda claridad. «Pobre Cuthfert — murmuraban —, no era tan mala persona, después de todo.» Sonrió ante sus elogios y siguió adelante en busca de un baño turco. Era la misma gente de siempre en las calles.

¡Qué raro que no repararan en sus mocasines de piel de alce y sus destrozados calcetines alemanes! Tomaría un coche de alquiler. Y después del baño, un afeitado no estaría mal. No; primero comería.

Filete, y patatas, y cosas verdes... ¡qué frescas estaban! ¿Y eso qué era? ¡Cuadraditos de miel, rezumando ámbar líquido! Pero, ¿por qué traían tanto? ¡Ja! ¡Ja! Nunca podría comérselo todo.

¡A lustrar! Pues claro. Puso el pie en el cajón. El limpiabotas lo miró con curiosidad, y él recordó sus mocasines de piel de alce y se alejó apresuradamente.

¡Escucha! La veleta debía de estar girando sin duda. No; solo un zumbido en los oídos.

Eso era todo, un simple zumbido. El hielo debía de haber sobrepasado ya el pestillo. Más probablemente la bisagra superior estaba cubierta. Entre los troncos del techo calafateados con musgo, pequeños puntos de escarcha empezaron a aparecer. ¡Qué despacio crecían! No; no tan despacio. Había uno nuevo, y allí otro. Dos, tres, cuatro; llegaban demasiado rápido para contarlos. Había dos que crecían juntos. Y allí, un tercero se les había unido.

Vaya, no había más puntos. Se habían fundido y formado una lámina.

Bueno, tendría compañía. Si Gabriel rompiera alguna vez el silencio del Norte, estarían juntos, mano a mano, ante el gran Trono Blanco. Y Dios los juzgaría. ¡Dios los juzgaría!

Entonces Percy Cuthfert cerró los ojos y se quedó dormido.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB